

fuerte. Pero mientras más se destrozan las olas contra los duros acantilados más florecen de espumas. El bloque de instintos violentos de la humanidad es una montaña pétrea, pero la luz de lo alto la pule y disgrega, hasta que hace florecer la roca.

Acertado estuvo Mr. Kandel al invitar al Congreso de Wáshington al señor Molina, que ejerce, modestamente, un apostolado de bien público y se siente obligado a comunicar a los demás sus nobles esperanzas y hermosos sueños.—DAVID PERRY B.

■ <https://doi.org/10.29393/At186-11CUGK10011>

CUTIMUNCU, Novela, por *Luis Toro Ramallo*.—Talleres Gráficos «Hogar del Niño». Santiago de Chile

En esta novela de Toro Ramallo, hermana pacífica de la beligerante «Chaco», su predecesora, el autor ha cambiado solamente el escenario. Los mismos personajes, con distintos nombres, representan ahora, después de la tragedia a todo estruendo de la guerra, el drama silencioso de la paz. «Cutimuncu»... Han vuelto desengañados—no derrotados—y mutilados y convertidos algunos en tristes «saldos» de la vida, los hombres que durante tres años terribles se batieron allá, en los abrazados desiertos erizados de espinas y de ametralladoras, del Chaco. Han vuelto al fondo del Altiplano inconvencible, que les recibe con su gesto de siglos inmovilizados. Después de las angustias físicas, el desbarajuste metafísico.

Bajo una trama de tonos quietos y primitivos, como los colores de esos ponchos incaicos cuyo símil evoca a menudo en las páginas descriptivas, el autor ha tejido el fondo impreciso de la novela: la locura de la contienda. Ahí está, Roberto Montero, Monterito, como le llaman cariñosamente los amigos, ex combatiente mutilado, el que al volver a su tierra, se da cuenta de que su mujer, creyéndolo muerto, por un parte de guerra, se ha ido a vivir con otro, obligada por el hambre y el desam-

paro. El recuerdo de la mujer, y sobre todo del hijo; su ambigua situación civil; la crisis política y social, de un sentido ideológico mal asimilado, de la post-guerra; y los turbios residuos de la guerra misma en su organismo, por un lado; y por otro lado el vapor constante y creciente de los «yungueños» y cervezas con que el hombre quiere apagar sus angustias y recuerdos y estimular sus esperanzas, acodado a la insensible mesa de algún bar, van extraviando su razón, hasta llevarle a la locura. Un problema complejo de sensibilidad. Al revés del caso de la novela de Remarque, «Sin novedad en el Frente», en la que el héroe, empantanado cada día en el fango de las trincheras, anula desesperadamente su personalidad, hasta identificarse al límite mismo de la porquería y de la tragedia en que se revuelve, por huir de la locura, el héroe de «Cutimuncu» exalta, ya en la paz, sus pensamientos, hasta las alturas suprasensibles de la superstición y del misticismo. Y cae en una locura patriótica.

Esta es, a nuestro parecer, la vena capital de la obra, y demuestra los efectos que en organismos quebrantados y sensibles, como el organismo del sensible Monterito, pueden producir los cataclismos tales como la guerra, las crisis y otras tremendas cosas. Un proceso fatal de relajación nerviosa.

Con una pizca de ironía, algo picante a veces, pero no existente, el autor ha condimentado por manera objetiva los externos elementos subjetivos, espumando cada vez la narración de insustanciales truculencias. Liviano y sabroso al par, sin exagerado «vernaculismo», logra el relato darnos una clara impresión de ese demasiado claro ambiente del Altiplano, removido pasajeramente por las estrepitosas consecuencias de la guerra. Ha dejado en esta novela, Toro Ramallo, el áspero estilo de campaña de su novela anterior; y ahora su expresión fácil, aunque algo descuidada siempre, tiene un sosegado acento lleno de flexibilidad y espontaneidad.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

■